La línea de las seis y veinte

Abraham Cordero

La costumbre no consiste, como suele decirse, en hacer una misma cosa muchas veces, sino en olvidar que cada repetición constituye una nueva capitulación. Uno se levanta, se viste, abandona su casa y acude al trabajo no porque haya decidido hacerlo, sino porque la reiteración ha terminado por convencernos de que existe cierta identidad entre el hombre que salió ayer y aquel que esta mañana vuelve a ocupar sus zapatos. Toda rutina descansa, pues, sobre un pequeño acto de fe: creemos que regresamos porque sería insoportable admitir que nunca lo hacemos.

Yo tomaba el autobús cada mañana a las seis y veinte.

La parada se encontraba al otro lado de una avenida por la que, a aquellas horas, circulaban únicamente camiones de reparto, taxis sin pasajeros y algún automóvil cuyo conductor parecía dirigirse con extraordinaria urgencia hacia un lugar donde tampoco deseaba estar. Tras la marquesina había una parcela cercada, cubierta de hierbajos y cascotes, sobre la que en otro tiempo se había levantado una fábrica. Solo quedaba de ella una chimenea truncada, varias paredes tiznadas y una especie de depósito circular que recogía el agua de lluvia. Durante el invierno, antes de que amaneciera, el conjunto parecía menos una ruina que la maqueta abandonada de una ciudad todavía por construir.

La línea recorría el cinturón industrial y terminaba frente al edificio de oficinas donde yo trabajaba. El trayecto duraba cuarenta y siete minutos, salvo los lunes, cuando el tráfico lo prolongaba hasta casi una hora, y los viernes, cuando por motivos que jamás llegué a comprender el conductor empleaba cinco minutos menos. Esta irregularidad, que podría parecer insignificante, me proporcionó durante mucho tiempo cierto consuelo. Mientras el viaje no fuese perfectamente idéntico a sí mismo, mientras persistiera aquella diferencia mínima, podía seguir pensando que nos desplazábamos realmente de un lugar a otro y no que el autobús se limitaba a ejecutar en torno a nosotros alguna forma particularmente fatigosa de inmovilidad.

A esa hora viajábamos siempre los mismos.

Una mujer de mediana edad subía dos paradas después que yo. Llevaba un abrigo oscuro y unos guantes verdes que nunca se quitaba, ni siquiera cuando el calor del vehículo obligaba al resto a abrirse el cuello de las camisas. Un hombre extremadamente delgado ocupaba el asiento situado sobre la rueda trasera y sostenía ante sí un periódico plegado, aunque rara vez parecía leerlo. Había también una muchacha con uniforme de supermercado, un anciano que respiraba por la boca y un individuo bajo y corpulento cuya cabeza se balanceaba con cada curva como si apenas estuviera sujeta al resto del cuerpo.

Nunca hablamos.

Aquella ausencia de trato no resultaba hostil. Al contrario, siempre he creído que constituía una forma de cortesía adecuada a las circunstancias. Todos comprendíamos que a las seis y veinte de la mañana el lenguaje era una actividad excesiva, casi obscena, y que dirigir la palabra a otro pasajero habría equivalido a exigirle una prueba de vida que ninguno de nosotros estaba en condiciones de proporcionar. Nos limitábamos, por tanto, a ocupar nuestros lugares y a aceptar la proximidad de los demás con esa resignación propia de quienes han sido enterrados juntos por razones administrativas.

Por la noche el trayecto era distinto.

No me refiero a que cambiase la ruta. Tomaba el mismo autobús en dirección contraria, descendía en la misma parada y caminaba desde allí hasta mi casa. Sin embargo, la oscuridad alteraba la disposición de las cosas. Las fábricas iluminadas desde dentro parecían órganos abiertos en mitad de un cuerpo inconmensurable; los almacenes, las gasolineras y los talleres mecánicos se sucedían a ambos lados de la carretera como instalaciones destinadas a una industria cuyo producto final fuese la noche misma. Incluso el ruido del motor era diferente. Por la mañana se trataba de una vibración uniforme, un ronroneo casi tranquilizador. Al regresar, especialmente después de las diez, aquel mismo sonido adquiría una profundidad húmeda y cavernosa, como si no procediera de la máquina, sino de algo sepultado bajo ella.

Los pasajeros también eran otros.

En ocasiones coincidía con la mujer de los guantes verdes o con el hombre del periódico, mas nunca con todos los viajeros de la mañana. Ocupaban sus lugares personas que yo no recordaba haber visto subir: obreros cubiertos de polvo, ancianas que sostenían bolsas de plástico sobre las rodillas, jóvenes inmóviles bajo la luz azul de sus teléfonos. A veces pensaba que estaban ya dentro cuando llegaba el autobús, aunque sabía que la línea nacía frente a mi oficina y que el vehículo debía presentarse vacío. No di demasiada importancia a esta contradicción. El cansancio transforma cualquier absurdo en una dificultad menor, y el hombre fatigado acepta con facilidad aquello que el hombre descansado convertiría en un problema metafísico.

Los primeros indicios se produjeron durante el mes de noviembre.

Una noche observé que la mujer de los guantes verdes no aparecía reflejada en la ventana.

Se hallaba sentada al otro lado del pasillo, ligeramente por delante de mí. Podía ver su nuca, la curva de los hombros y las manos cruzadas sobre el bolso; sin embargo, en el cristal solo se reflejaban los asientos vacíos, las barras amarillas y mi propio rostro suspendido sobre la negrura exterior. Incliné la cabeza, creyendo que se trataba de un efecto de la iluminación. Mi reflejo se desplazó. También lo hicieron las barras y los asientos. La mujer, en cambio, continuó ausente.

Debí de mirarla durante demasiado tiempo, porque volvió la cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Su voz era completamente normal. La pregunta, en realidad, parecía motivada por una preocupación sincera.

Negué con la cabeza y dirigí la vista hacia la ventana. En ese momento su reflejo había regresado. Lo vi con claridad, aunque había algo en él que no coincidía del todo con la mujer sentada ante mí. La cabeza aparecía inclinada hacia el hombro en un ángulo excesivo y los ojos, apenas distinguibles bajo la luz del autobús, parecían mirar no hacia el cristal, sino desde el interior de este.

Atribuí el episodio al cansancio.

A la mañana siguiente la mujer ocupó su asiento habitual. Llevaba los mismos guantes verdes y el mismo abrigo. Durante el trayecto no dejó de contemplar sus manos. Me pareció que movía lentamente los dedos, contándolos.

No volví a reparar en nada extraño hasta dos semanas después.

El hombre del periódico se sentó aquella noche a poca distancia de mí. Al principio pensé que sostenía el diario al revés, pero pronto comprendí que las páginas estaban en blanco. Todas las hojas eran completamente blancas, salvo por una pequeña mancha gris junto al pliegue central.

El hombre pasaba las páginas con atención.

Lo hizo durante varias paradas, observando cada una como si leyera una noticia de especial interés. En cierto momento levantó la mirada y descubrió que yo lo observaba.

—Cada día dicen lo mismo —comentó.

Sonrió.

Sus dientes eran pequeños y numerosos, aunque no podría afirmar que hubiera en ellos nada abiertamente anómalo. Algunos hombres tienen dientes así. Lo inquietante fue la impresión de que continuaban más allá de los límites de la boca, prolongándose bajo las mejillas como las cuentas de un collar cosido en el interior del rostro.

Aparté la mirada.

Cuando descendió, dejó el periódico sobre el asiento. Esperé a que el autobús reanudara la marcha y me acerqué a recogerlo. Las páginas seguían en blanco, pero la mancha gris se había extendido. Formaba ahora una silueta vagamente humana, encorvada sobre una especie de vehículo rectangular. Debajo aparecía una frase impresa en caracteres minúsculos:

EL SERVICIO SE PRESTARÁ MIENTRAS QUEDE ALGUIEN A QUIEN TRANSPORTAR.

Arrojé el periódico al suelo.

Un hombre sentado al fondo soltó una carcajada. No parecía reírse de mí. Dormía con la boca abierta y la cabeza apoyada contra el cristal, pero de su garganta brotaba periódicamente una risa breve y seca, perfectamente sincronizada con el parpadeo de las luces interiores.

A la mañana siguiente no había ningún periódico en el autobús.

El hombre delgado se encontraba en su asiento habitual, leyendo un ejemplar cubierto de titulares, fotografías y anuncios. Me situé cerca de él y traté de distinguir la fecha. Era la del día anterior.

—Perdone —dije.

El hombre bajó ligeramente el periódico.

—¿Sí?

—¿Viajó usted anoche en esta línea?

No respondió de inmediato. Sus ojos se movieron hacia arriba, como si la pregunta hubiera quedado escrita en algún punto del techo y necesitara leerla antes de contestar.

—Viajo todas las noches.

—Dejó un periódico.

—Dejo muchas cosas.

Volvió a ocultarse tras las páginas.

Durante el resto del trayecto advertí un ligero temblor en el papel. No procedía de sus manos, que permanecían inmóviles, sino de algo situado detrás del periódico, en el lugar aproximado donde debería encontrarse su rostro.

No volví a dirigirle la palabra.

A partir de entonces comencé a registrar los incidentes en una libreta. Anotaba la hora de llegada del autobús, el número de pasajeros, las paradas en las que subían o descendían y cualquier irregularidad que creyera detectar. Me convencí de que aquel método me permitiría distinguir entre los hechos y las perturbaciones producidas por el cansancio. Era un planteamiento razonable, aunque hoy comprendo que confiar a la escritura la tarea de salvaguardar la realidad equivale a pedir a una sombra que certifique la existencia del cuerpo que la proyecta.

Las primeras páginas contienen observaciones triviales.

Lunes, 4 de diciembre. El autobús llega con tres minutos de retraso. Nueve pasajeros. La mujer de los guantes verdes baja en la parada habitual.

Martes, 5 de diciembre. El conductor parece distinto, pero lleva las mismas gafas. El anciano respira con dificultad. Nada más reseñable.

Miércoles, 6 de diciembre. Un pasajero duerme durante todo el trayecto. No consigo recordar en qué parada subió.

Jueves, 7 de diciembre. La parada situada después del matadero no aparece. El autobús pasa directamente del taller de neumáticos al puente.

Este último apunte me inquietó lo suficiente como para revisar la ruta a la mañana siguiente. La parada estaba allí. Vi la marquesina, el banco de metal y el anuncio de una academia de idiomas cubierto de humedad. Subieron dos personas.

Por la noche volvió a desaparecer.

No es que el conductor evitase detenerse. El lugar mismo no existía. Después del matadero se extendía un solar rodeado por una tapia y, a continuación, comenzaba el puente. Me incorporé y recorrí el pasillo hasta la cabina.

—Se ha saltado una parada —dije.

El conductor me miró a través del espejo.

—No hay ninguna parada ahí.

—Esta mañana sí.

—Por la mañana hay más cosas.

Regresé a mi asiento.

Al día siguiente anoté la conversación. Cuando releí la libreta por la tarde, descubrí una frase debajo de mi apunte. Estaba escrita con mi letra, aunque no recordaba haberla añadido:

POR LA NOCHE QUEDAN LAS NECESARIAS.

Arranqué la página.

Durante varias jornadas no ocurrió nada. Los pasajeros conservaron sus dimensiones habituales, las paradas se sucedieron en el orden correcto y el conductor se limitó a conducir. Estuve a punto de abandonar la libreta. La normalidad regresó con tal contundencia que mis temores anteriores comenzaron a parecerme afectados, casi ridículos; la clase de fantasía que un hombre solitario engendra para conferir cierta dignidad al hecho irrelevante de estar agotado.

Sin embargo, aquella tregua introdujo una nueva forma de angustia.

Antes temía que algo estuviera sucediendo. Ahora temía que hubiera dejado de suceder.

Comencé a observar a los pasajeros con mayor atención. Descubrí pequeños gestos cuya normalidad resultaba excesiva: la muchacha del uniforme consultaba el teléfono exactamente cada treinta segundos; el hombre corpulento se rascaba la mejilla tres veces al pasar bajo cada farola; la mujer de los guantes verdes cruzaba y descruzaba las piernas al aproximarnos a un semáforo. No se trataba de hábitos aproximados, sino de movimientos idénticos, repetidos con una precisión que ningún ser humano habría podido mantener de manera consciente.

Una noche decidí alterar el orden.

Ocupé el asiento de la mujer.

Cuando subió, se detuvo frente a mí. No mostró enfado ni sorpresa. Permaneció inmóvil, sosteniendo el bolso con ambas manos.

—Está usted en mi sitio —dijo.

—Los asientos no están numerados.

—No me refiero al asiento.

Esperé alguna explicación, pero no añadió nada. Finalmente se sentó detrás de mí.

Durante el viaje oí el roce de sus guantes. Al principio pensé que buscaba algo en el bolso. Después comprendí que se los estaba quitando.

No quise volverme.

En la ventana apareció su reflejo. Las manos descansaban sobre sus rodillas. Eran extremadamente pálidas y demasiado largas, con dedos que se bifurcaban en las puntas como raíces expuestas al aire. Cada una parecía formada por varias manos incompletas, superpuestas sin demasiada pericia. Las uñas se abrían y cerraban siguiendo un ritmo respiratorio.

La mujer levantó uno de aquellos miembros y lo acercó lentamente a mi nuca.

Me giré.

Llevaba puestos los guantes.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

—Esperar mi parada.

Señaló hacia delante.

Todos los pasajeros me miraban.

No había hostilidad en sus rostros, pero tampoco curiosidad. Me observaban como si hubiese cometido algún tipo de acto indecoroso difícil de ignorar.

Me levanté y permanecí junto a la puerta hasta llegar a mi destino. Cuando descendí, la mujer ocupó inmediatamente el asiento que yo había abandonado.

A través del cristal vi que se quitaba los guantes.

El autobús se alejó antes de que pudiera comprobar qué había debajo.

Comencé a regresar a casa en taxi. Lo hice durante cinco noches. El coste era absurdo, pero me convencí de que se trataba de una medida provisional, necesaria para recuperar el sueño y poner en orden mis pensamientos.

La primera noche llegué sin incidentes.

La segunda, el taxi quedó detenido detrás del autobús durante buena parte del trayecto. Reconocí la matrícula y las luces interiores. En una de las ventanas viajaba la mujer de los guantes verdes, que mantenía la cabeza vuelta hacia nosotros.

La tercera noche el autobús apareció nuevamente delante del taxi, aunque habíamos tomado una ruta distinta.

—Parece que nos sigue —comenté.

El taxista me miró por el retrovisor.

—Es una línea regular.

—Me refiero a que aparece siempre delante.

—Es lo que tienen las líneas regulares.

La cuarta noche pedí al conductor que se desviara por la circunvalación. Accedió después de protestar por el precio. Durante varios kilómetros no vimos el autobús. Experimenté un alivio que ahora me avergüenza recordar; la satisfacción infantil de quien cree haber derrotado a la necesidad con un acto tan simple.

Al entrar en mi barrio, el taxi redujo la velocidad.

El autobús se encontraba detenido frente a mi casa.

Las puertas estaban abiertas.

No había parada alguna en aquel lugar. Tampoco vi al conductor. Sin embargo, todas las ventanas estaban ocupadas por pasajeros que contemplaban el edificio. Algunos tenían el rostro pegado al cristal. Otros parecían arrodillados sobre los asientos. La mujer de los guantes verdes se hallaba de pie junto a la puerta, inclinada hacia fuera como si olfateara el aire.

—Siga —dije.

El taxista aceleró.

—¿No vive aquí?

No respondí.

Dimos varias vueltas por el barrio. Cuando regresamos, el autobús había desaparecido. Pasé la noche con todas las luces encendidas.

La quinta noche ningún taxi aceptó el trayecto.

Volví, pues, a la línea.

El conductor no manifestó sorpresa al verme. Tampoco los pasajeros. La mujer de los guantes verdes ocupaba su sitio, de modo que me senté cerca de la puerta. Durante los primeros minutos todo transcurrió con normalidad. Después del puente, sin embargo, el autobús se desvió por una carretera que no conocía.

Me acerqué al conductor.

—Esta no es la ruta.

—Hay obras.

—No he visto ninguna señal.

—Las obras no son en la carretera.

Su rostro permanecía oculto por el reflejo del parabrisas. Solo distinguía las gafas y una porción de piel grisácea alrededor de las orejas.

—¿Dónde son?

—En los pasajeros.

Creí haberlo oído mal.

—¿Qué ha dicho?

—Que tardaremos unos minutos más.

Regresé al asiento.

La carretera atravesaba una zona industrial abandonada. A ambos lados se alzaban edificios sin ventanas, hangares cubiertos de óxido y depósitos cuya superficie parecía palpitar bajo la luz de las farolas. No había otros vehículos. El autobús avanzaba despacio, como si el conductor buscara una dirección concreta.

Entonces comenzaron los ruidos.

Procedían del fondo. Primero fue un chasquido aislado, semejante al de una rama al romperse. Después otro. Y otro. Alguien gimió con una voz muy baja.

Me volví.

El hombre corpulento se retorcía en su asiento. La cabeza había caído hacia atrás y su boca se abría hasta ocupar casi todo el rostro. No gritaba. El gemido brotaba de su abdomen, donde la camisa se hinchaba y deshinchaba como si ocultase un animal respirando. La muchacha del supermercado se inclinó sobre él y le sujetó los hombros.

—Ya está —susurró—. No se resista. Siempre duele más cuando uno intenta conservarse.

Nadie parecía alarmado.

El cuerpo del hombre se estremeció. Bajo la ropa, los huesos cambiaron de posición con una serie de crujidos húmedos. La cabeza se hundió entre los hombros; los brazos se alargaron hasta tocar el suelo; el vientre se abrió formando un pliegue vertical que no sangraba, sino que mostraba en su interior varias superficies blancas, lisas y convexas, semejantes a máscaras todavía sin rasgos.

Aparté la vista.

En las ventanas se reflejaba el resto de los pasajeros.

Ninguno conservaba forma humana.

La anciana que viajaba junto a la salida era un manojo de articulaciones envuelto en un abrigo. El hombre del periódico carecía de cabeza; las páginas nacían directamente de su cuello y se agitaban como tejidos respiratorios. La muchacha del uniforme tenía el rostro dividido en dos mitades que se miraban mutuamente. Incluso la mujer de los guantes verdes aparecía deshecha en una proliferación de miembros finos y pálidos que llenaban varios asientos.

Miré directamente hacia ellos.

Eran personas.

El hombre corpulento dormía con la barbilla apoyada sobre el pecho. La muchacha consultaba el teléfono. El anciano respiraba por la boca.

Volví a mirar el cristal.

Las cosas reflejadas se habían acercado.

No reproducían ya la disposición de los pasajeros. Se amontonaban detrás de mi imagen, inclinándose sobre mí desde una distancia imposible, como si el vidrio se abriera a un segundo autobús mucho más lleno que el nuestro.

Una de ellas levantó un miembro.

Mi reflejo hizo lo mismo.

Yo no me había movido.

Cerré los ojos.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Cuando volví a abrirlos, circulábamos otra vez por la ruta habitual. Faltaban varios pasajeros. Entre ellos el hombre corpulento.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

La anciana señaló la puerta.

—Esta es su parada.

Reconocí la avenida. Descendí casi a la carrera.

Al alejarse el autobús advertí una silueta agazapada sobre el techo. Se sujetaba a la carrocería mediante varios brazos largos y desnudos. No pude distinguir su rostro, aunque tuve la impresión de que se trataba del hombre corpulento.

A la mañana siguiente estaba sentado en su lugar.

Su cabeza ya no se balanceaba en las curvas.

Desde aquella noche las transformaciones se hicieron más frecuentes. Nunca se manifestaban de la misma manera ni afectaban a todos los pasajeros. En ocasiones se limitaban a un detalle: un ojo que se cerraba verticalmente, una lengua que tanteaba el aire desde el interior de una manga, un rostro cuya piel parecía mal colocada. Otras veces la totalidad del vehículo se convertía en una masa de miembros, bocas y superficies palpitantes apenas contenida por la carrocería.

Siempre bastaba con mirar de nuevo para que la normalidad regresase.

Esta reversibilidad era, precisamente, lo más insoportable. De haberse impuesto una de las dos apariencias, habría podido aceptarla. Incluso la visión más monstruosa termina por ofrecer cierto alivio cuando adquiere la consistencia de un hecho. Pero ambas realidades se alternaban sin excluirse, como si lo humano y aquello que yo contemplaba bajo su forma no fuesen estados distintos, sino dos modos de interpretar una misma materia.

Dejé de dormir.

En el trabajo comenzaron a señalar mis errores. Introducía cifras equivocadas, olvidaba responder mensajes y permanecía largos periodos observando a mis compañeros. No buscaba en ellos nada concreto. Trataba únicamente de averiguar qué esfuerzo les permitía conservar el rostro.

Una tarde mi supervisor me llamó a su despacho.

—No tiene buen aspecto —dijo.

—No estoy durmiendo.

—Eso explica muchas cosas.

Me entregó una hoja con varias incidencias. En el margen había dibujado, quizá distraídamente, una figura rectangular con ruedas.

—¿Viene usted en autobús?

—Sí.

—Yo también viajaba en autobús.

Levanté la vista.

—¿En qué línea?

—No importa. Todas terminan siendo la misma.

Sonrió. Después tachó el dibujo con el bolígrafo.

—Tómese unos días.

—¿Qué ocurrió para que dejara de viajar?

—Compré un coche.

Esperé.

—¿Y eso lo solucionó?

Mi supervisor me miró como si no comprendiera la pregunta.

—No —dijo finalmente—, pero ahora soy yo quien conduce.

Durante los días de descanso permanecí en casa. No me acerqué a la parada ni miré por las ventanas al anochecer. Me alimenté con lo que quedaba en la despensa y apagué el teléfono. Pensé que, apartado del trayecto, mi percepción recuperaría sus límites.

La primera noche escuché el autobús a las diez y cuarenta y tres.

Reconocí el resuello de los frenos, la apertura de las puertas y el zumbido del motor al ralentí. Permaneció frente al edificio durante casi un minuto. Después se marchó.

La segunda noche volvió a detenerse.

Alguien descendió. Oí pasos en la acera, lentos e irregulares, que llegaron hasta el portal. No sonó el timbre.

La tercera noche encontré un billete bajo la puerta.

Era un título de transporte ordinario, salvo porque no aparecía impresa ninguna fecha. En el lugar correspondiente al destino podía leerse:

PRESENTARSE.

Lo rompí y arrojé los fragmentos al inodoro.

A la mañana siguiente estaban sobre la mesa de la cocina, recompuestos.

Decidí regresar al trabajo.

En la parada me esperaban los pasajeros habituales. No el autobús, los pasajeros. La mujer de los guantes verdes, el hombre del periódico, la muchacha y el anciano permanecían alineados junto a la marquesina. Ninguno me miró cuando llegué.

El vehículo apareció a las seis y veinte.

Subimos.

El conductor me entregó un billete idéntico al que había encontrado en casa.

—Su ausencia ha provocado retrasos —dijo.

—¿Retrasos en qué?

—En el servicio.

—No soy conductor.

—Nadie ha dicho que lo sea.

Ocupé mi asiento.

Durante el trayecto advertí que todos parecían ligeramente desdibujados. No se trataba de una deformidad precisa, sino de una falta de resolución en los contornos, como si sus cuerpos hubieran sido copiados demasiadas veces. Las facciones se movían con un pequeño retraso respecto a los gestos. Al volver la cabeza, el rostro tardaba un instante en seguirla.

Me llevé una mano a los ojos.

También mis dedos dejaban un rastro en el aire.

Comprendí entonces —o creí comprender— que el viaje no nos llevaba al trabajo. El trabajo, las oficinas, los almacenes y los comercios constituían únicamente el intervalo necesario para que el trayecto pudiera repetirse. El autobús no era un medio destinado a transportar personas, sino una operación encargada de producirlas; cada mañana nos entregaba al mundo con una forma suficientemente estable y cada noche recogía lo que quedaba de nosotros, reajustaba los miembros, corregía los rostros y eliminaba cualquier exceso de individualidad acumulado durante el día.

Aquellas monstruosidades no eran una transformación.

Eran el mantenimiento.

La mujer de los guantes verdes volvió la cabeza. Su rostro se descompuso en una sonrisa formada por varias sonrisas superpuestas.

—No debería haber faltado —dijo.

—¿Qué somos?

—Pasajeros.

—¿Y fuera del autobús?

La mujer pareció considerar la pregunta.

—Retrasos.

Llegamos a mi parada.

No descendí.

El conductor cerró las puertas y continuó la marcha. Atravesamos el polígono, el puente y el matadero. Pasamos frente al edificio donde trabajaba, aunque a aquella hora las oficinas permanecían cerradas. Después recorrimos nuevamente las mismas calles. Ningún pasajero subió ni bajó.

—¿Dónde termina la línea? —pregunté.

El conductor respondió sin mirarme.

—En la primera parada.

—Ya hemos pasado por ella.

—Todavía no.

Dimos otra vuelta.

La ciudad comenzó a vaciarse. Algunos edificios desaparecieron entre un circuito y otro. Primero faltó una gasolinera; después el supermercado; más tarde, varias manzanas enteras. En su lugar se extendían solares oscuros o superficies lisas que no reflejaban las luces del autobús.

Los pasajeros fueron perdiendo sus rasgos.

La mujer dejó de tener boca. El hombre del periódico se convirtió en una silueta estrecha detrás de las páginas. La muchacha conservó únicamente los ojos, suspendidos sobre la piel informe. Todos parecían tranquilos.

Yo palpé mi rostro.

Encontré la nariz, los labios y las orejas, pero cada elemento se desplazaba ligeramente bajo mis dedos, como piezas todavía sin fijar.

—Quiero bajar —dije.

El conductor abrió las puertas.

Al otro lado no había calle.

Se extendía una oscuridad de una densidad impropia de la noche, atravesada a gran distancia por formas enormes que se movían con la lentitud de los cuerpos celestes. No pude determinar si caminaban, nadaban o si era el espacio mismo el que se deformaba alrededor de ellas. Una de aquellas masas se aproximó lo suficiente para que percibiera en su superficie hileras de puntos luminosos. Durante un instante pensé que eran ojos. Después reconocí ventanas.

Miles de autobuses recorrían aquella cosa.

Se desplazaban por su cuerpo como partículas sanguíneas, entrando y saliendo de aberturas cuya contracción producía un sonido grave, idéntico al motor que yo había escuchado cada noche. A través de las ventanas de los vehículos se distinguían pasajeros sentados, criaturas que quizá en otro lugar y bajo otra iluminación habrían podido pasar por hombres.

Las puertas se cerraron.

—No era mi parada —dije.

—Nunca lo es —respondió el conductor.

No recuerdo el resto del trayecto.

Desperté frente a mi casa. Era de noche y el autobús se encontraba detenido junto a la acera. No había pasajeros. Tampoco conductor.

Descendí.

Durante varios días dudé de cuanto había visto. La falta de sueño, el agotamiento y el miedo ofrecen una explicación suficiente, y toda explicación suficiente termina siendo verdadera para quien necesita servirse de ella. Volví al trabajo, retomé mis tareas y dejé de anotar incidentes. Los viajeros recuperaron su apariencia ordinaria. La ruta no volvió a desviarse.

Solo persisten algunos detalles.

Mis compañeros ya no me saludan. Cuando me cruzo con ellos en los pasillos, apartan la mirada o se detienen para dejarme pasar, aunque en ocasiones descubro en sus rostros una expresión que no sabría distinguir del miedo. Mi tarjeta ha dejado de funcionar y el sistema no reconoce mi nombre, pero nadie me ha impedido ocupar mi mesa. Sigo trabajando. Introduzco datos, respondo mensajes y asisto a reuniones en las que rara vez se solicita mi opinión.

Cada noche regreso en autobús.

La mujer de los guantes verdes continúa sentándose frente a mí. El hombre del periódico pasa lentamente sus páginas en blanco. En ocasiones algún nuevo pasajero me observa con excesiva atención. Lo reconozco por su manera de mirar los reflejos, por el sobresalto con que descubre una mano demasiado larga o una boca en el lugar equivocado.

Procuro no intervenir.

Sé que necesitará tiempo para comprender que no hay nada detrás de los rostros, del mismo modo que no hay rostro detrás de una máscara. Una máscara no oculta necesariamente algo; a veces constituye el único medio por el cual la ausencia logra presentarse ante nosotros.

Esta mañana ha subido un hombre al que no había visto antes. Ha ocupado mi antiguo asiento y, desde allí, no ha dejado de mirarme. Al principio fingí no advertirlo. Después me he vuelto hacia la ventana.

Mi reflejo no aparece en el cristal.

El hombre se ha levantado y se acerca. Tiembla. Quiere preguntarme algo, aunque todavía no se atreve. Puedo imaginar sus palabras porque yo también las pronuncié una vez.

He cruzado las manos sobre las rodillas.

No llevo guantes.

El conductor anuncia la siguiente parada, pero su voz brota del interior de mi abdomen. Las puertas se abren. Entra la noche.

Mañana volveremos a empezar.